

JEANNE HERSCH

TIEMPO Y MÚSICA

CON UN SALUDO
DE CZESŁAW MIŁOSZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS DE
ROSA RIUS Y RAMÓN ANDRÉS

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Temps et musique*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1990 by Jeanne Hersch y Czesław Miłosz
© 2000 by Herederos de Jeanne Hersch
© de la traducción, 2013 by Rosa Rius Gatell y
Ramón Andrés González-Cobo
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

La publicación de esta obra ha recibido el apoyo de Pro Helvetia,
fundación suiza para la cultura

fundación suiza para la cultura

prohelvetia

ISBN: 978-84-15689-53-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 6979-2013

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Saludo a Jeanne Hersch,
por CZESŁAW MIŁOSZ

7

MÚSICA Y TIEMPO VIVIDO

II

LA CONTRADICCIÓN EN LA MÚSICA

21

PARA BERNARD DUCRET

35

¿LA MÚSICA TRASCIENDE EL TIEMPO?

36

ENTRE LO EFÍMERO Y LO PERMANENTE

49

HISTORIA ENTRE TIEMPO Y TRASCENDENCIA

64

Procedencia de los textos

71

MÚSICA Y TIEMPO VIVIDO

Intentemos en primer lugar representarnos el tiempo tal como lo vivimos en nuestra vida cotidiana, cuando no pensamos en él: por ejemplo, una tarde en la que nos sentimos felices de ir a un concierto por la noche, o bien después del concierto, cuando regresamos a casa y nos preparamos para la mañana siguiente. A este tiempo lo llamo práctico, simplemente porque se estructura en torno a las posibilidades que tengo de tomar una decisión o de actuar, por lo tanto, en torno a mi presente.

El presente es la única dimensión del tiempo que nos da una cita real con el mundo. Sólo en el presente, y haciendo uso de nuestra libertad responsable, podemos intervenir en la realidad empírica del mundo tal como nos es dado; podemos actuar sobre él, transformarlo. Esto nos resulta imposible si se trata del pasado, imposible también en el futuro, simplemente porque el mundo pasado *no está ahí*, y el mundo futuro tampoco. Actuar sólo es posible *ahora*. Son muchos los que saben exactamente lo que *deberían haber hecho* ayer, o el último año, o lo que *querrían hacer* mañana o dentro de un año. Pero mientras dejen pasar el presente sin actuar, no cambiará absolutamente nada en el mundo.

Así, nuestro tiempo práctico, tal como lo vivimos afectivamente, se estructura en torno a este decisivo presente. El tiempo pasado se aleja cada vez más de nuestro ahora, va en cierta medida hacia atrás, deslizándose lejos de nosotros, y tiende a fundirse poco a poco con las épocas más antiguas de la memoria humana. Este mismo tiempo nos arrastra, en sentido inverso, al encuentro de nuestro futuro, de ma-

nera que nos aproximamos sin cesar a lo que esperamos o tememos en el futuro, se trate de una alegría, un éxito, un duelo o nuestra propia muerte.

Debemos señalar que, contrariamente a lo que se dice a menudo, no vivimos el presente bajo la forma de un instante concreto. *Sabemos* que nuestro tiempo fluye y se esfuma, porque en todo momento tenemos un pasado, en tanto que hay algo que ya no tenemos. Sin embargo, no vivimos el presente como un transcurso concreto: si así fuera, ya no tendríamos la posibilidad de comprender, pensar, expresar o realizar nada. Yo sería incapaz de enunciar una frase y ustedes no podrían comprender ninguna. No: vivimos el presente bajo la forma de una «pequeña duración» que, propiamente hablando, no transcurre; que en cierto modo llevamos con nosotros, a lo largo del tiempo, al encuentro del futuro. Pasa y, sin embargo, no discurre.

La hora del concierto, tan esperada, ha llegado. Son las ocho de la tarde.

La duración del concierto es extrañamente ambigua. En cierto sentido, el concierto dura simplemente dos horas. Puedo acordar una cita con alguien a la salida, vendrá a buscarme a las diez y, desde ese momento, reencontraré el tiempo práctico, el normal, el tiempo que he vivido durante el día, antes del concierto. Hay, pues, un «antes del concierto» y un «después del concierto». Aunque, por lo referido al concierto mismo, éste no implica un presente propiamente dicho, en el que se pueda tomar una decisión o cumplir una acción. Por esta razón, con respecto a él, el «antes» no es un pasado, ni el «después» un futuro. Respecto del concierto no hay más que un «antes» y un «después», dos momentos a lo largo de un tiempo que co-

rre de continuo. Y conviene recordar que ésta es la manera en que los físicos, por ejemplo, representan el tiempo de la naturaleza: se sirven de una recta orientada, sobre la cual distinguen momentos en cuanto «antes» o «después», uno respecto del otro; pero esta recta no comporta un presente, no implica un «ahora» en el sentido del tiempo práctico humano. Por ello este «tiempo de la naturaleza», que es el tiempo de la ciencia, con su única relación «antes-después», sólo admite la relación causal y no una decisión libre, que sitúa un presente.

El concierto dura, pues, dos horas del tiempo de la naturaleza. Pero, por otra parte, también vivo su duración en mi tiempo práctico. En cuanto concierto, *dura*; al mismo tiempo *pasa*. Es un presente y se convierte en un pasado.

Encontramos aquí uno de los rasgos fundamentales de la condición humana: ésta se manifiesta «a la vez», de modo indiscernible, en el tiempo natural sin presente de la sucesión, del «antes» y el «después» (y en el presente decisivo que estructura el tiempo de un ser libre).

De la superposición, o más bien, de la fusión de dos tiempos esencialmente tan distintos, derivan la complejidad infinita y el carácter irreductiblemente problemático de la condición humana. El determinismo, que reina sobre la sucesión sin presente de los «antes» y los «después» en el tiempo natural, sigue siendo, para el sujeto humano que actúa libremente «ahora», una obligación restrictiva y, a la vez, la condición de toda decisión acertada. El hombre nunca es completamente libre, nunca empieza del todo el juego; no conoce un primer comienzo, ya que el tiempo del «antes» y del «después» está invariablemente allí, con su causalidad apremiante. Pero sin esta causalidad el hombre no podría tomar ninguna decisión, porque sería incapaz de prever sus consecuencias.

Existe además un tercer tiempo, al que desearía llamar «eternidad histórica». Para empezar debo confesar que no sé muy bien qué quiero decir con ello. El antiguo término «eternidad» trasciende completamente nuestra capacidad de pensar e imaginar. Y, sin embargo, la condición humana comporta tal complejidad que es imposible pensar sin recurrir a tal noción. No tenemos la capacidad de ignorar esa condición. Veamos algunos ejemplos que quizás puedan ayudarnos.

Consideremos, en primer lugar, un modo de eternidad que conocemos: la eternidad en cuanto *intemporalidad*, esa que encontramos en las figuras y las relaciones de la geometría y la matemática. Un triángulo isósceles, un círculo, «existen» fuera del tiempo, no tienen nada que ver con el tiempo; e igualmente, sus propiedades y los teoremas que derivan de ellos son absolutamente ajenos al tiempo, son intemporales.

Sin embargo, aquí no hablamos de la eternidad en cuanto intemporalidad. Por esta razón he utilizado la expresión «eternidad histórica». El círculo o el triángulo carecen de historia. No tienen más historia que la propia del desarrollo de la ciencia de la cual son objeto, precisamente porque esta ciencia constituye una actividad *humana*, y porque es *en el tiempo* donde los hombres, a pesar de la amenaza segura de su muerte, se dedican a la investigación, con el objeto de conocer el mundo en el que viven.

La tradición judeocristiana narra una «historia sobrenatural». Imaginamos a menudo que el carácter sobrenatural de dicha historia depende de una paradoja, pues en ella se relatan «hechos» no conformes con el orden normal de la naturaleza. Sin embargo, en mi opinión, se trata de algo más profundo: situándose en el límite de lo humanamente posible o, mejor aún, más allá de este límite, el relato se es-

fuerza por conciliar los conceptos de «historia» y de «eternidad», en principio recíprocamente excluyentes. Se es fuerza incluso allí donde el lenguaje mismo se resiste a un pensamiento de este tipo. Así, por ejemplo, el Génesis nos cuenta lo que Dios hizo el primer día, luego el segundo, el tercero (cuando aún no había sol, ni días, ni tiempo en general). Los hombres como ustedes y como yo sólo podemos actuar *ahora*. Dios, en cambio, actúa en la eternidad. Son únicamente imágenes, se dice. Pero hemos de tener cuidado: *no* son justamente imágenes. Para nosotros, no existe nada más imposible que representarnos *una acción eterna*. Más bien, diría lo siguiente: estos textos nos hablan *a través de una imposibilidad* que nos hace vivir, la imposibilidad de formarnos imágenes de lo que nos cuentan. Esto es lo que, desde nuestra perspectiva, concede trascendencia a la eternidad. (Kierkegaard quiere decir algo análogo, a propósito de la eternidad, cuando afirma, por ejemplo, que, por su vida y muerte, Cristo es para todo creyente tan literalmente contemporáneo como lo fue para sus primeros discípulos).

Quisiera poner otro ejemplo más, que no pertenece a la tradición religiosa, sino a ese sentido que, sin profundizar demasiado, damos generalmente a la historia y al tiempo.

Una determinada época de la historia humana pasa. Ha pasado, ya no está aquí. Muchos acontecimientos no han dejado huella alguna, cantidad de seres humanos, hechos y acciones han sido olvidados. Sin embargo, estamos convencidos de que la historia se ha cumplido de una manera específica, y no de otra; de que ciertos hombres—y no otros—han vivido de un modo concreto y no de otro. Estamos seguros de que los historiadores, en sus difíciles investigaciones, van en búsqueda de algo real, y que sus escritos deben juzgarse según una clara dualidad: o bien asimilan la realidad tal como fue, o bien son erróneos (aun-

que nadie sepa lo cierto ni llegue a conocerlo jamás). ¿Qué es, pues, esta «realidad histórica pasada»? ¿En qué consiste, *ahora*? ¿«Dónde» se encuentra? Ni en el espacio de las posibles experiencias, ni en la memoria de los contemporáneos (ya que incluso lo que ha sido olvidado permanece *tal* como fue, y no de otro modo).

Aquí aún, por medio de lo impensable, entrevemos el resplandor de una dimensión metafísica del tiempo, de una eternidad histórica.

Nuestra vida «normal» se desarrolla, así, en la incoherencia de los diversos tiempos, característicos de la condición humana y de nuestra pertenencia a la naturaleza.

Se ha hablado a menudo de «naturaleza eterna». ¿La naturaleza es eterna? Al contemplarla se constata que todo lo que vive en ella es presa del miedo ante la muerte. Para no morir, todo ser vivo debe buscar su sustento, y eso siempre bajo la amenaza de servir de alimento a otros seres. Pero la primavera vuelve, y por ello se ha hablado de eterno retorno. Este símbolo refleja el sueño imposible de los hombres, que se esfuerzan, pese a todo, por unir o reconciliar las diversas y contradictorias dimensiones temporales en que viven su compleja condición. Dimensiones que permanecen extrañas entre sí, y que al mismo tiempo son indispensables.

Pero estoy en el concierto. Escucho. Aparte de escuchar, no hago otra cosa. He renunciado a la capacidad humana de decisión y de acción. No toco en la orquesta. ¿Soy «pasiva» por ello? En absoluto. Soy *receptiva* y siento esta receptividad como una actividad más intensa que muchas acciones o muchos esfuerzos. Se diría que, a través de la música, el tiempo mismo despegara en mí una suerte de vida propia.